

Plaza de Mayo

Al igual que todas las mañanas, Miriam llegaba a la plaza hablando de la empuñadura de su carrito. El sonido alertaba a los más cercanos, pero, luego de mirar de quién se trataba, bajaban la mirada y la confundían entre el gentío que a esas horas buscaba alivio del frío. Entre el polvo, los gritos y cachivaches, ella se sentaba en un banquito muy tranquila a vender sus flores. Sonreía a todos, así como su mamá le había enseñado; trataba con sumo cuidado cada una de las rosas, las margaritas y, a veces, muy de vez en cuando, los tulipanes. Tal y como le habían enseñado. Sin duda, podría decirse que, con el tiempo, había tomado no solo los mismos gestos, sino también la mirada y hasta las ropas de su madre.

Allí se le pasaba el tiempo, cumpliendo con juicio la única labor que conocía. Siempre prefería hacerse cerca de la pirámide, pues sabía que, si las mujeres se organizaban, irían frente a la Casa Rosada a reclamar por sus hijos, como ya era costumbre desde hacía muchos años. Así que desde muy temprano ofrecía su pequeño jardín a los bonaerenses en el centro de la plaza; y de lejos, de vez en cuando, escuchaba tanto las arengas de aquellas mamás, como los insultos y la represión de policías que intentaban silenciarlas.

No muy lejos siempre estaba yo, esperando a reunir las fuerzas suficientes para algún día acercarme, hablarle y decirle que se fuera conmigo lejos, muy lejos de aquellos gritos y del peligro al que se

exponía; que dejara las flores argentinas y zarpara conmigo al otro lado del mundo. Pero en el fondo algo me decía que no era buena idea, pues la vida de un marino es tan revuelta como el propio océano. Haberlo hecho, hubiera sido dejarla a la deriva en la mitad del mar cada vez que tuviera que partir lejos de cualquier lugar.

En las tardes, cuando ya los enamorados se entraban y los señores volvían cansados de sus trabajos, ella recogía sus cosas, halaba de nuevo el carrito y se perdía entre las calles que nutren la ciudad. A veces me quedaba allí, esperando a que amaneciera, para verla de nuevo a Miriam; en otras ocasiones, en cambio, me agarraba de la parte trasera de camiones buscando llegar al puerto. Todo dependía de si un barco zarpaba o no, todo dependía de a dónde llegaría aquel navío, todo dependía de si volvía de aquel país o no... Nada era seguro y por eso aguardaba, entre el frío o el calor, su regreso, porque era usual que pasara meses lejos de ella, sin ver sus ojos. Me acostumbré a compartir el calor con los vagos que deambulaban cuando arreciaba la noche, o a mentir contando cualquier historia en medio del verano. Cuando estaba en el mar, al contrario, buscaba entre las estrellas el oleaje hacia el sur, hacia donde ella estaba. En muchas ocasiones, y de todo ello es testigo el propio mar, la lloraba, anhelando tenerla entre mis brazos y decirle lo mucho que la amaba. Entre lágrimas se me pasaban las semanas y los meses atando cabos, limpiando estribor y moviéndome a la deriva de mi propio ser para, al final, siempre volver a la capital, buscándola desesperado, seguirla y quererla en el silencio de la distancia.

Para mí no fue fácil hacer todo lo que hice para estar cerca de ella. No obstante, me fue sencillo entender que yo no era nada más que un vaso vacío en medio de una vajilla llena de comida. Era comprensible,

pero vaya que dolía. Aquella tarde del 20 de diciembre todo cambió para mí.

Como lo acostumbraba a hacer, la miraba vender sus flores tan tranquila en medio de la plaza. De un momento a otro, un par de policías arrastraron a una piba que vestía de rojo. La pobre gritaba desesperada. En menos de cinco minutos, el espacio fue ocupado por mujeres con pañuelos blancos, preguntando a gritos por la ubicación de aquella chica. No miento cuando digo que luego se unieron más y que todas ellas realizaron una cadena para retar a los hombres que con porras y montados a caballo comenzaron más tarde a golpearlas y a lanzarnos gases para que nos fuéramos. Pero antes que todo ello ocurriera, vi a la Miriam mirar con amor a un pibe de su edad. Hablaban cuando la refriega empezó. Todos corrimos hacia el otro lado de la calle. Pese a los gritos y el desorden, no la perdí de vista. Al final, terminamos todos dentro de un bar, a un par de cuadras de donde se escuchaban las bombas estallar y los carros pasar a toda velocidad. Miriam sollozaba entre los brazos del muchacho. Él la tomó de las manos y la besó con pasión, intentando, en el fondo, calmarse también. Eso rompió mi corazón, pero no podía hacer nada, era lo natural. Ambos se sentaron en la mesa más lejana de la entrada, y ahí, frente a mí, sellaron su amor. Un rato más tarde salí caminando hacia la plaza, ya controlada por los policías. Me miraron con desconfianza e incluso alguno me apuntó con su arma. Le dije al tipo que yo no era nadie; luego, me gritó que no me le volviera a aparecer.

Caminé hacia el puerto. No sé con certeza cuánto tiempo pasó, pero en la noche tomé la decisión de irme para siempre de Buenos Aires, y no volver a la tierra que me había visto crecer, amar y sufrir. Debía

dejar atrás a la Miriam, mi hija, quien ya tenía quince años y había aprendido a vivir sin mi amor.

El siguiente barco zarparía el 15 de enero a Bilbao. Tenía muy pocos días para despedirme de todo aquello que conocía y, a la vez, me era tan lejano. Fui a la plaza por última vez, con la intención de verla, pero me encontré con Alejandra, quien me reconoció pese a que mi rostro y cuerpo ya no eran los mismos que la abandonaron siendo ambos tan jóvenes. Nuestras miradas lo dijeron todo. Ella abandonó las rosas, las margaritas y los tulipanes que toda su vida había vendido y me abrazó, como antes.

Esa fue la última vez que pisé la Plaza de Mayo. Jamás las volví a ver, tampoco al mar, ni a mi ciudad. Estoy tan lejos de todo que tengo la sensación de no hacer parte de nada. Sé que, si vuelvo, para mí... para mí ya no habrá piedad.

Norman Andrés Quevedo Socha